

La Revolución de Europa Oriental de 1989

Frank, André Gunder

Andre Gunder Frank: Economista e historiador norteamericano, profesor de economía y ciencias sociales. Autor de numerosos ensayos, artículos y libros; entre ellos: Desarrollo, clase y política en América Latina, Crisis en el Tercer Mundo, El desafío de la crisis (editado por Nueva Sociedad).

La velocidad y el curso de los acontecimientos en la Europa del Este, los cuales han sorprendido a todos, incluyendo a sus protagonistas, claman por una dolorosa reevaluación.

Debemos, por supuesto, reevaluar varias teorías ampliamente sostenidas e ideologías profundamente sentidas en torno al socialismo, pero también sobre la democracia y/o socialdemocracia y el papel de los movimientos sociales en ambas. Más aun, las causas económicas y las consecuencias de estos procesos socio-políticos ameritan una atención mayor de la que generalmente reciben en medio de la eufórica recepción que hasta ahora se ha brindado a la revolución de 1989. Su análisis ofrece por lo menos una docena de importantes lecciones, cuyas palabras clave aparecen a continuación en negrita, en la esperanza que ellas también nos estimulen, a todos, para actuar y enfrentar el futuro.

1. **E**l papel de los movimientos sociales al iniciar y sostener estos acontecimientos fue quizás nunca antes mayor que ahora. El papel de los movimientos sociales participativos requiere de una reevaluación. Nuestros escritos anteriores sobre movimientos sociales se referían a aquellos del Este como de base policlasista pero los explicaban poco, salvo que estaban creciendo masiva y rápidamente. La participación policlasista en los movimientos sociales parece haber continuado en el Este, mientras que en el Occidente los participantes provienen predominantemente de la clase media, especialmente los intelectuales, mientras que en el Sur los movimientos sociales incluyen a ésta pero son de base predominantemente popular y de clase obrera. (Fuentes y Frank, 1989 y Frank y Fuentes, 1990). En el Este, la dirección de los movimientos sociales también proviene de los intelectuales, pareciera que también participa gente de clase media de diferente extracción como también ma-

sas de personas de la clase trabajadora. También como en otras partes, en estos nuevos movimientos sociales, las mujeres han participado en forma más masiva y en posiciones más importantes. Esta composición social de los movimientos podría contribuir a comprender su carácter menos jerárquico y más antiautoritario que el de las instituciones más tradicionales cuyo poder y legitimidad éstos cuestionan. Esta composición de clase y sexo de los movimientos sociales y su participación más allá de todas las expectativas en la transformación de la Europa del Este y partes de la Unión Soviética exige ahora un mayor análisis.

2. El carácter pacífico de los movimientos sociales y de las transformaciones políticas de 1989 en Europa oriental amerita una atención especial. Esto es que los movimientos mismos son deliberadamente pacíficos y que la fuerza de las armas se empleó poco o nada para reprimirlos, excepto en Rumania. Allí la represión armada por parte de la Securitate fue exitosamente enfrentada por el ejército el cual tomó el bando popular en un levantamiento principalmente espontáneo (?). No solamente el papel del ejército sino la espontaneidad y lo repentino de este levantamiento rumano debería distinguirse de los movimientos sociales de otras partes de Europa oriental. Estos tienen raíces organizativas mucho más antiguas y profundas en las iglesias de Alemania oriental, en la Carta 77 de Checoslovaquia, en una multitud de movimientos por el medio ambiente y por la paz en Hungría y por supuesto Solidaridad en la Iglesia católica de Polonia. Probablemente Bulgaria esté entre éstos y Rumania. En regiones rusas de la Unión Soviética, una multiplicidad de «clubes» y de movimientos sociales también han estado jugando roles importantes en la promoción de la perestroika y la glasnost. En verdad, para permitir que «su» perestroika y «su» glasnost prosperen, Mijail Gorbachov ha tenido que apelar por sobre las cabezas de su propio partido a la movilización social de gente de dentro y fuera del partido. La eficacia de todas estas diferentes clases de movimientos sociales pacíficos en la promoción de la transformación social requiere de reevaluación.

3. La demanda democrática fue de tan largo y profundo alcance como para expandir el significado de la democracia misma. Debemos avanzar más allá de la democracia del Estado económico, político y parlamentario para también incluir la «democracia civil» en la sociedad civil. Esto es, la demanda y la participación democráticas incluyen pero también expanden, mucho más allá, los confines institucionales de la democracia político-parlamentaria y de la democracia económica, por ejemplo, a través del rechazo de los privilegios y la corrupción de la nomenklatura. La participación democrática a nivel local y de la calle se expresa a través de una mirada de otras formas institucionales más o menos organizativas (la iglesia por

ejemplo) y algunas formas espontáneas y rápidamente cambiantes. Por lo tanto, lo que entendemos por democracia también debemos revisarlo y expandirlo.

4. El papel de la política partidista es por lo menos relativamente subestimado por estos movimientos sociales pacíficos y sus exigencias democráticas. Muchos movimientos y sus miembros rechazan y/o redefinen la idea de apoyarse exclusiva o principalmente en la política partidista. Ellos no sólo movilizan y organizan a la gente y sus demandas; sino que lo hacen a través de otras formas institucionales y de movilización. Los movimientos son también consciente y explícitamente «anti-partido». Por supuesto que ellos están especialmente contra el Partido Comunista pero también rechazan la idea de convertirse en otro partido. Varios movimientos sociales rechazan y rechazaron convertirse en partidos políticos después de haber alcanzado sus metas inmediatas de liberación. En una reunión nacional de activistas del Neues Forum de Alemania oriental, el 80% de los asistentes estaba contra la transformación del movimiento en partido para las próximas elecciones nacionales. En Checoslovaquia el Foro Cívico tiene una «organización suelta» sin un «programa central, sin reglamentos y su estrategia no está redactada por asesores pagados» (New York Times/International Herald Tribune, 7 de diciembre de 1989). Un fundador de la Alternativa de Izquierda de Hungría declaró que se trata de una «tendencia teórica y no de un partido. Por el contrario, se trata de una organización antipartido desde la base de la sociedad». (International Viewpoint, 11 de diciembre de 1989, p. 13).

No obstante, la composición del movimiento incluye gente que milita o que todavía milita en partidos (incluso el comunista) y los movimientos esperan que algunos de sus miembros activen en nuevos partidos, a título personal. La independencia organizativa de los movimientos, en cuanto a movimientos, y por la cual se luchó duramente es demasiado preciosa para sacrificarla fácilmente a las exigencias de la política partidaria. Por el contrario, los movimientos están muy conscientes de la contribución que ellos solamente pueden y deben hacer a la democracia como movimientos sociales y no como agregados a los partidos políticos.

5. El nacionalismo y la etnicidad fueron también factores en todos los movimientos sociales de la Europa del Este. El nacionalismo (aunque fuera sólo «en contra de los rusos») y los problemas étnicos ayudaron a movilizar gente hacia y dentro de todos estos movimientos sociales y luego a definir algunas de sus demandas. En las repúblicas bálticas de la Unión Soviética, el nacionalismo es quizás la fuerza mayor de y dentro de los movimientos sociales e incluso en sus demandas. Otras diferencias y demandas étnicas, nacionales o religiosas están movilizando gente en

contra del poder soviético y de unos contra otros en movimientos (¿sociales?) étnico-nacionalistas en regiones del Transcáucaso y Asia Central de la Unión Soviética. Por supuesto que cada uno de estos movimientos se diferencia del otro tanto como su etnicidad, nacionalidad y circunstancias sean únicas. Más aún, las demandas étnicas y nacionalistas del momento están muy influenciadas por la posición de clase, económica o geopolítica más o menos privilegiada o desmedrada, de dominación o subordinación y por los cambios recientes en éstas como veremos más adelante. Muchos de los movimientos de base más nacionalista o étnica incluyen o aún priorizan demandas por un poder estatal «nacional». Estas demandas distinguen también a éstos de otros movimientos sociales que no aspiran al poder estatal como veremos posteriormente.

6. El problema del poder del Estado plantea un reto difícil y en parte nuevo para los movimientos sociales y su relación con los partidos políticos y el Estado. Las revoluciones de 1989 en la Europa del Este fueron hechas por movimientos sociales pacíficos que perseguían y consiguieron la caída de gobiernos y del erosionado poder estatal que la mayoría de ellos mismos no deseaba reemplazar. En presencia de un vacío de poder estatal, los movimientos sociales de la Europa del Este se han visto «obligados» a (re)organizarse para ejercer el poder del Estado. Lech Walesa declaró que el error más grande jamás cometido por Solidaridad fue haber asumido el gobierno, pero «que no tuvo alternativa», dijo él. El Neues Forum de Alemania oriental y el Foro Cívico de Checoslovaquia se resisten a transformarse en partidos pero tienen de todas maneras que intervenir en la reconstrucción y manejo del Estado. Algunos de los miembros de los movimientos sociales tienen que asumir una «doble militancia», una en el movimiento y otra en el partido político. El máximo dirigente del movimiento disidente checo Vaclav Havel se convirtió en jefe del Estado.

En verdad, el más urgente problema político luego de la «liberación» se presenta como qué hacer con el Estado. Abundan las conjeturas en casa y en el extranjero, que el Estado se está derrumbando en Alemania oriental, que ya cayó en Rumania y, Dios no lo quiera, amenaza con desmoronarse en la Unión Soviética armada hasta los dientes con armas nucleares. ¿Quién se hará responsable del control del botón nuclear en la ya no tan responsable superpotencia o quién mantendrá el «orden público» en Berlín oriental o Bucarest? El temor por la estabilidad también se expresa en el exterior - para Berlín oriental se ha propuesto como «solución» un control por parte de las cuatro grandes potencias, en cambio para Moscú lo único que se ofrece es una plegaria por Gorbachov. No obstante, en casa el dilema se presenta en términos más prácticos. Si «nosotros» no actuamos para asumir posiciones de

poder o al menos apoyar a nuestros aliados que tienen o desean algún poder, entonces otros actuarán y/o apoyarán a nuestros enemigos. De este modo, con liberación o no los movimientos sociales de «liberación» están obligados de una manera u otra a acomodarse a las instituciones (el Estado) existentes más que a reformarlas. La esperanza de una mayor democracia civil radica en que nuevos movimientos sociales reemplacen a los que sucumban en las instituciones existentes y a su propia institucionalización por parte de éstas.

Por supuesto que la institucionalización de los movimientos en partidos y poder estatal no es novedad en otras partes. Muchos partidos políticos comenzaron como movimientos sociales y algunos terminaron controlando - y más aún - haciéndose indistintos del poder del Estado. El todopoderoso Partido Revolucionario Institucional (PRI) de México de sesenta largos años, incorpora en su nombre esa transición. En realidad podría decirse que algunos partidos comunistas de la Europa oriental y de la Unión Soviética y de otras partes iniciaron su vida como un movimiento social, aunque más del «viejo» tipo de «clase obrera» y dirigencia pequeño-burguesa, sin perjuicio que ellos o su «líder» terminaran como «l'etat c'est moi».

El conflicto entre los «fundi» (metas y procedimientos del movimiento fundamentalista) y los «realo» (compromisos realistas entre la organización partidaria y el poder del Estado) que está dividiendo al Movimiento/Partido Verde de Alemania occidental, también descansa sobre circunstancias externas (y quizás internas) de los movimientos sociales de la Europa del Este. De este modo, las exigencias económicas, políticas y de otra índole podrían empujar o jalar a los movimientos sociales de Europa oriental en dirección hacia el poder del Estado, hacia los compromisos de principio como también hacia el costo político del fracaso frente a los desafíos económicos y de otro tipo. En Polonia, Solidaridad tiene que hacer que sus miembros se traguen la amarga medicina del Fondo Monetario Internacional, FMI y del tratamiento de shock. Sin Embargo, algunos movimientos nacionalistas y étnicos a menudo aspiran a un poder estatal nacional/étnico «independiente» y propio y/o buscan compartirlo con el Estado étnico vecino con el cual desean la fusión. Apenas alguno de ellos pareciera tomar en cuenta su propia debilidad para enfrentar y resolver la misma crisis que, en primer lugar, dio origen y todavía impulsa sus movimientos.

7. La crisis económica se ha ido expandiendo y profundizando en Europa oriental y la Unión Soviética. La crisis económica y los factores económicos asociados contribuyeron materialmente al deseo y a la capacidad de estos movimientos sociales (también étnico-nacionalistas) para movilizar en este momento a tanta gente en pos

de fines políticos de largo alcance. La década de los ochenta, que en verdad se inició a mediados de los años setenta, se le denomina ahora como el «período del estancamiento» en la Unión Soviética, esto ha generado una acelerada crisis económica y un absoluto deterioro de los niveles de vida en la mayor parte de la Europa oriental (así mismo en América Latina, África y algunas otras partes del mundo. Ver Frank, 1988). Este período, especialmente significativo en la Europa del Este, también produjo un importante retroceso y deterioro en la posición relativamente competitiva y de sus niveles de vida comparados con los de Europa occidental y aun con los países de reciente industrialización del Asia oriental. Además, el curso y el (mal) manejo de la crisis económica generó cambios en las posiciones de dominación o privilegio de dependencia o explotación entre los países, sectores y diferentes grupos sociales, incluyendo a los étnicos y feministas dentro de la Unión Soviética y Europa oriental. Todos estos cambios y presiones económicas generaron o alimentaron el descontento social, las demandas y las movilizaciones que se expresaron a través de revitalizados movimientos sociales y étnico-nacionalistas con una gama de similitudes y diferencias entre ellos. Es bien sabido que el resentimiento basado en lo económico se alimenta con la pérdida de los niveles absolutos de vida acostumbrados como un todo o en aspectos particulares y por los cambios relativos relacionados con el bienestar económico dentro de los diferentes grupos de la población. La mayoría de las crisis económicas son polarizantes: enriquecen más relativamente o también en términos absolutos a los que están bien y empobrecen más, relativa y absolutamente a aquellos que ya estaban mal, incluyendo de manera especial a las mujeres.

Este cambio también puede generar resentimientos y movilización en ambos grupos. Los menos privilegiados se movilizan para defender su subsistencia de los estragos del «sistema» y de aquellos que de él se benefician a través de la corrupción y otros medios. Entre los grupos étnicos identificables están los turcos en Bulgaria, los húngaros en Rumania, los gitanos y otros en Hungría, los albanos en Serbia, los serbios en Yugoslavia, los bohemios en Checoslovaquia y los azerbaiyanis y numerosos otros en la Unión Soviética quienes, dentro de otros problemas, han sufrido últimamente un desempleo masivo. No obstante, los más privilegiados también desarrollan resentimientos contra el «sistema» que obliga a los más ricos a «sobrellevar» o «subsidiar» de su propio peculio a los vecinos más pobres «flojos» y «buenos para nada». Además estos grupos privilegiados ven para ellos pastos más verdes al otro lado de alguna frontera socialista o capitalista. Entre éstos están muchos rusos, armenios y otros en la Unión Soviética, especialmente los estonianos, latvios y lituanos. También están incluidos los eslovenos y en menor grado los croatas en Yugoslavia y, por supuesto, muchos alemanes en la República Democrática Alema-

na, cuyos ojos y pies están vueltos hacia el imán económico de Occidente. Miles de «alemanes étnicos» en la Unión Soviética, Polonia y Rumania, privilegiados o no, de repente han descubierto su antiguo y muy profundo sentimiento de germanidad y su deseo de participar del milagro alemán en Alemania Federal. La población en general, más allá de sus particularidades étnicas, nacionales o de grupo, también se moviliza, en apoyo de demandas que emanan de su creciente resentimiento de base económica. Sin embargo, estas demandas se politizan rápidamente para ampliarse y expresarse mediante el ejercicio participativo de la democracia civil, económica y política para no mencionar las demandas étnicas y nacionalistas dentro de las cuales se las podría reformular fácilmente. Estos resentimientos de base económica recientemente extendidos a través de la Europa del Este y de la Unión Soviética son indiscutiblemente un factor importante en la generación y razón de la amplia movilización popular que ocurre aquí y ahora a través de los movimientos sociales y étnicos nacionalistas.

8. Sin embargo, los cambios estratégicos y políticos significaron nuevas circunstancias políticas mundiales y regionales a las cuales los movimientos sociales también contribuyeron en su inicio, desarrollo y posterior éxito - hasta ahora - a través de su movilización social y demandas políticas. Particularmente importante en la Europa del Este es la liquidación de la doctrina Brezhnev. A decir verdad, Gorbachov puso la doctrina Brezhnev de cabeza para presionar por el cambio político y económico en Europa oriental. Por ejemplo, el ministro del exterior húngaro consultó al embajador soviético - el cual aprobó - antes de abrir la frontera con Austria, lo cual a su vez abrió las compuertas al flujo de personas desde Alemania oriental. Durante su visita a este país, Gorbachov literalmente depositó el beso de la muerte en la mejilla de Erick Honecker y luego indicó que una represión armada a la concentración del 9 de octubre en Leipzig no sería aceptable (algunos informes sostienen que él habría amenazado con estacionar tropas soviéticas entre los manifestantes ante cualquier amenaza de ataque por parte del Estado de Alemania oriental).

En la misma Unión Soviética, la perestroika y la glasnost por supuesto que han pavimentado el camino para la movilización de los movimientos sociales y étnico-nacionalistas; y éstos a su vez son un necesario factor de movilización para fomentar a aquéllas pero también una amenaza para las mismas si estos «se van de la mano». China y Polonia ya han demostrado que la perestroika está sujeta a severas y posiblemente contraproducentes limitaciones sin la reforma política de la glasnost. El ejemplo húngaro demostró hasta ahora que ambas pueden y deben ir de la mano. Verdaderamente Gorbachov mismo, tal vez considerando esta experiencia extranjera, ha aclarado que la glasnost es una condición sine qua non para una exi-

tosa perestroika en la Unión Soviética. A su vez, una exitosa perestroika es una condición sine qua non para que la Unión Soviética mantenga cualquier status de potencia, ni para qué decir de «superpotencia» en la competitiva economía política mundial. Por lo tanto y quizás paradójicamente, la liquidación de la doctrina Brezhnev y alguna «liberación» de obligaciones económicas de la Unión Soviética con la Europa del Este sean hoy en día imperativos político-económicos para el mantenimiento de la seguridad y para el fomento del desarrollo en la Unión Soviética.

Para abreviar, estos cambios políticos estratégicos son un factor importante que contribuye, condiciona y permite - hasta ahora - la movilización exitosa de todos estos movimientos sociales. Más aún, la crisis económica mundial y sus manifestaciones particulares en la Unión Soviética y la Europa del Este son factores que contribuyen directamente a través de la generación de resentimientos económicos y también indirectamente a través de los imperativos que plantean para los cambios políticos los cuales hacen posible hasta ahora los movimientos sociales y su éxito relativo. Por supuesto que la importancia de estas circunstancias políticas, estratégicas y económicas invita a una mayor dilucidación.

9. La primera euforia oculta amargas realidades . La euforia de la victoria democrática y la luna de miel de la liberación han relegado todos estos procesos económicos y problemas polarizantes al último vagón del tren expreso popular - al vagón del equipaje. Su locomotora pareciera funcionar sólo con vapor y está alimentada - o empujada - por los movimientos sociales en o desde los coches abarrotados de pasajeros. La prensa en particular y sobre todo la occidental describe casi todo el proceso como un jubiloso paseo hacia la libertad y la democracia. Y sin duda que es así, sólo que es algo más que eso. La estructura económica, el proceso y los problemas no se transforman sólo a través de la euforia política.

La amarga realidad del empeoramiento de las privaciones económicas a diario impacta a la población, esto es así en Polonia y también en Yugoslavia y en menor grado en Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Alemania oriental y mucho más en la Unión Soviética. Rumania disfruta de un breve respiro producto de las exportaciones de alimentos pero los otros problemas pronto se harán presentes. Pocas personas en esas poblaciones sabrán o se preocuparán de calcular la importancia de la realidad económica que subyace y determina la conducción de este convoy político, es decir, las vías, los cambios y también la plataforma que los sostiene, la cual determina o por lo menos limita el movimiento del tren.

No obstante, mucha gente está perfectamente conciente del proceso económico y de las consecuencias que acompañan al cambio político producido por estos movimientos sociales. Ya en Polonia y amenazando en otras partes, es como si el masivo «equipaje» económico se estuviera moviendo violentamente hacia adelante a través del tren, desplazando a más y más pasajeros del movimiento social durante la marcha. Como resultado, la ira de los pasajeros se traslada cada vez más desde la opresión política a las privaciones económicas. El furor de los pasajeros también se manifiesta en contra de ellos mismos, en contra de los pasajeros privilegiados de los primeros vagones y de éstos en contra de los de atrás por ser sólo un «peso inútil» que hay que cargar y de casi todos los pasajeros y el personal contra la locomotora, los jefes de estación y quizás también contra el sistema ferroviario completo. Por supuesto y con toda razón cada pasajero insistirá en utilizar la recientemente adquirida democracia y a los movimientos sociales relacionados con ésta para opinar sobre estos asuntos de vital importancia. Muchos pasajeros podrían pronto desear prestar un renovado apoyo de movimiento social a un populista maquinista novato que les prometa, especialmente a aquellos pasajeros no deseados, cumplir. El dirigente servio Milosevic y sus seguidores brindan ya un ejemplo suficientemente aterrador. Los vagones étnicos y nacionalistas bien podrían pronto desengancharse del tren en Yugoslavia, la Unión Soviética y quizás en otras partes. Los primeros vagones de las repúblicas bálticas, Eslovenia y Alemania oriental podrían encontrar un enganche más suelto o más sólido a otras locomotoras más occidentales. ¿Qué vías económico-políticas alternativas - si es que las hay - o desvíos posibles podrían ser accesibles para los vagones de más atrás? Es difícil decirlo.

De este modo, los mismos movimientos sociales que primero sirvieron como vehículos de liberación, podrían entonces amenazar los mismos procesos democráticos que ellos desencadenaron. Verdaderamente, en medio de los estertores de la crisis político-económica, los desprendimientos de éstos u otros movimientos sociales podrían convertirse en vehículos de lucha de clases, étnicas, nacionalistas u otras rivalidades de consecuencias impredecibles las cuales podrían incluir retrocesos dictatoriales populistas contra la recientemente ganada democracia.

10. Una comparación histórica de las revoluciones y de sus movimientos sociales (no nacionalistas) de 1789, 1848, 1917, 1968 y 1989 (más algunas reflexiones comparativas sobre el lugar y el papel de Rusia) sería recomendable. Esto podría ubicar la revolución de 1989 dentro de una suerte de contexto histórico en vez de ser una conclusión de esta revista de acontecimientos que todavía están en desarrollo en la Europa del Este y la Unión Soviética. La revolución de 1789 fue en sus inicios pacífica, pero se tornó violenta y en contrarrevolución una vez que alcanzó el poder del

Estado. Se trató de una revolución «burguesa» para pavimentar el camino hacia más capitalismo pero no fue contra el «feudalismo». (Con posterioridad, en el lado ganador de las guerras napoleónicas en Viena, Rusia se transformó en una potencia europea). Las revoluciones de 1848 fueron violentamente reprimidas y condenadas al fracaso. De este modo, estas revoluciones fracasaron al tratar de imponer principios liberales burgueses sobre los principios conservadores en esa época, aunque muchas de estas mismas políticas fueron de todas maneras poco a poco aceptadas - sin embargo con poco agradecimiento para los movimientos sociales conducidos por la clase obrera. (Rusia otra vez perdió influencia en la Europa del Este frente a la unificación de Alemania y el desarrollo económico. Después de ser derrotado en la Guerra de Crimea, el zar Alejandro II liberó a los siervos e introdujo su propia perestroika y glasnost con algunos resultados, aunque insuficientes).

En febrero de 1917, la revolución se inició fundamentalmente en forma pacífica y recurrió a una mayor fuerza para transferir el poder de los zares hacia el gobierno de Kerenski. En el mes de octubre/noviembre de 1917 la meta inicial era ejercer una amenaza pacífica para influir sobre el gobierno del momento pero el proceso revolucionario se aceleró para transformarse en un asalto armado al poder del Estado. Tuvo éxito pero condujo a una guerra civil y consiguientemente al poder del Partido Comunista soviético. Los movimientos (sociales) de la clase obrera fracasaron en todas partes en la Europa de la posguerra y también en Rusia donde los trabajadores eran sólo un pequeño porcentaje de las fuerzas revolucionarias, porcentaje que fue aún más reducido al ser éstos diezmados durante la guerra civil. (En plena Primera Guerra Mundial Lenin había hecho por separado un pacto de paz en Brest-Litovsk, renunciando Rusia (ahora soviética) a su parte de los despojos de guerra. No obstante, como conquistadora en el bando ganador de la Segunda Guerra Mundial en Yalta y Postdam, la Rusia soviética asumió y le fue reconocido un rol dominante en Europa central - ahora oriental - y luego su condición de superpotencia en el mundo).

Las «revoluciones» de 1968 fueron fundamentalmente movimientos sociales pacíficos que con frecuencia fueron reprimidos con la fuerza de las armas, aunque ninguno aspiraba o seriamente amenazara el poder del Estado. Una característica particular que distinguía a los «nuevos» movimientos sociales era que éstos no estaban basados o dirigidos por la clase obrera. Por el contrario, el año 1968 representa el reconocimiento de que los movimientos sociales deben apelar y llegar mucho más allá de la «tradicional» clase obrera (industrial), el Partido Comunista y/o la dirigencia sindical. Si hubiese que incluir a la Primavera de Praga entre estos «movimientos» de 1968, está contemplada la transferencia pacífica del poder dentro del

aparato estatal existente pero esto fue revertido a través de la intervención militar de la Unión Soviética. La ofensiva del Tet en Vietnam en 1968 es por supuesto otra historia (el poder soviético ha sido desafiado aquí y allá pero ha sobrevivido).

Las «revoluciones» de 1989 se iniciaron pacíficamente como profundos y vastos movimientos sociales. Alcanzaron el éxito más rápidamente de lo que esperaban sus protagonistas al poner a funcionar una democracia civil en una sociedad civil para alcanzar la liberación. Finalmente, la teoría del dominó, temida en otras ocasiones en que no operó, esta vez funcionó, aunque más bien de manera inesperada. En parte se debió a que los movimientos sociales no sufrieron represión armada desde el interior o el exterior (excepto en la más «independiente» Rumania, donde no obstante, el ejército decidió apoyar y salvar el levantamiento popular). Esta resistencia generalmente suave de la dirección por supuesto que estuvo condicionada por los cambios de la política y circunstancias en la Unión Soviética. En algunos casos el colapso de la dirección frente a estos movimientos casi liquidó el poder del Estado y de las instituciones que «garantizaban el orden público», fue tanto así que hasta algunos comentaristas occidentales se alarmaron. Quizás esta alarma refleje el fracaso o esperemos que sólo sea el retardo en apreciar la impetuosa y de facto reformulación y extensión del proceso democrático cuando - parafraseando a Abraham Lincoln - éste se amplíe «por y para el pueblo» más allá de la democracia política parlamentaria, en una democracia civil dentro de una sociedad civil. Al mismo tiempo, los procesos y estructuras económicas subyacentes en estas transformaciones político-sociales tampoco han recibido la atención que amerita su importancia. Sin embargo, los duros golpes de la realidad económica todavía amenazan con desviar - ojalá que no - o revertir estos procesos políticos y movimientos sociales hacia direcciones peligrosas. Si al igual que en 1789 el año 1989 pasa a la historia como un año de revolución, ¿qué augura éste para la década de los noventa? ¿Alguna analogía con la década de 1790? ¿Qué clase de terribles contrarrevolucionarios estarán todavía incubándose y para cuándo? No nos gustaría por ahora pronosticarlo. (Comenzando por el fracaso militar en Afganistán - ¿otra guerra de Crimea? -, el alcance «imperial» de la Unión Soviética se halla bajo un efectivo desafío político debido principalmente a su fracaso económico, y la «Unión» bien podría romperse. Rusia, todavía «soviética» o no, podría entonces debilitarse relativamente; pero quizás en términos absolutos podrá revitalizarse y fortalecerse). (Sobre la variedad de movimientos sociales y su historia de los siglos 19 y 20 ver a Samir Amin, André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein, 1990. Sobre la reunificación del oriente y occidente europeo ver a André Gunder Frank 1983/1984).

11. El socialismo realmente existente ha sido transformado de manera importante por estos acontecimientos y también necesita de una reconsideración. Al explicar estos acontecimientos y transformaciones, el fracaso más determinante del (no)socialismo real en la Europa del Este y la Unión Soviética ha sido el fallar en la competencia económica con Occidente. Es bien sabido que las economías centralizadas alcanzaron un éxito relativo a través de su crecimiento absoluto forzado (movilizando mayores insumos para conseguir más producción de máquinas de hacer salchichas, aunque no más salchichas). La industria pesada y, en algunos países, la agroindustria en gran escala florecieron. Se brindó y aseguró servicios sociales pero no así servicios individuales. Del mismo modo se ha tornado evidente que estas rígidas economías no eran capaces de promover un crecimiento intensivo (haciendo que las máquinas de hacer salchichas fueran más productivas y produciendo más y más variedades con menos insumos). Fue precisamente durante la reciente revolución tecnológica, particularmente la computarización en Occidente y también en los países de reciente industrialización del Este asiático que las economías centralizadas de la Unión Soviética y Europa del Este no pudieron estar a la altura. Por el contrario, como se mencionó anteriormente, ellas perdieron terreno en términos relativos y absolutos. Este fue el punto de partida más determinante para estos movimientos sociales y revoluciones. Además del fracaso económico, el «socialismo» demostró no estar a la altura del nacionalismo: primero el yugoslavo y luego el húngaro y sobre todo del nacionalismo polaco y ahora del nacionalismo y la etnicidad bálticos, transcaucasiano, ucraniano, del Asia central y de otras partes de la Europa oriental que desafían el orden político-económico y exigen la autodeterminación democrática. Con éxito económico ninguno de estos movimientos sociales y nacionales ni esta particular demanda democrática se hubiesen desarrollado y mucho menos esta marcha hacia la mercadorización de las economías.

No obstante, estas observaciones sobre la Europa oriental requieren entre paréntesis de un vistazo comparativo con otras partes del mundo. Vale la pena señalar que las economías de Africa, la mayor parte de América Latina y parte de Asia han sufrido recientemente el mismo fracaso competitivo, como lo demuestra el desastroso descenso absoluto en sus niveles de vida y su relativa marginalización de la economía mundial. Muchas de ellas peor aún que las economías de la Europa oriental. Quizás Polonia, Rumania, Bolivia, Argentina, tal vez Birmania y una gran parte de Africa encabezan esta triste lista de los más decadentes. También se han desarrollado movimientos sociales en muchos países fuera de la Europa oriental pero en ninguno de ellos con resultados parecidos ni con metas de tan largo alcance. En Africa ha habido vuelcos considerables en la orientación político-económica alejándose del Este y de la socialización y en apoyo de la independencia étnica y nacional lo-

cal, pero sin cambios dramáticos. En América Latina se ha producido un retorno a la democracia política pero esto fue levantado sólo marginalmente por los muchos movimientos sociales - aunque algunos sostengan lo contrario. El proceso de democratización más dramático, el de Argentina, se debió mucho menos al movimiento por los Derechos Humanos de Madres de Plaza de Mayo y otros que a la derrota de las fuerzas militares argentinas a manos de las británicas (con ayuda militar de los Estados Unidos y el apoyo de todo el Occidente). En Birmania el movimiento social fue reprimido con la fuerza de las armas. En un grado u otro fue lo mismo en muchos otros países, desde Chile a México, Jamaica, Gabón o Sri-Lanka. Los movimientos sociales en cualquiera de estos países con la fuerza y la amenaza de los de la Europa oriental habrían sido ahogados en sangre.

De parecida significación es el hecho que en ninguno de estos países ha existido un intento serio - ni qué decir exitoso - de reemplazar un sistema u organización económica que esté fallando por otro radicalmente diferente - ni qué decir cambiar allí el fracasado capitalismo por el socialismo. Por el contrario, en términos de organización económica ha habido en todas partes un giro a la derecha, hacia la privatización o mercadorización. Además, el fracaso del «socialismo» en la Europa del Este viene sólo a acelerar la mercadorización en otras partes, al margen de cuán costoso ya ha sido allí socialmente el capitalismo desbocado. Ninguno de los nuevos regímenes democráticos de América Latina propone reformar, ni qué decir descartar «el crecimiento dirigido hacia la exportación (ya sea en términos de crecimiento absoluto como en Chile o en términos de caída absoluta como Argentina). Por el contrario, una vez más, la propia apertura democrática se encuentra amenazada por las medidas económicas represivas que los gobiernos democráticos están obligados (y no siempre a través de la intervención del FMI) a imponer a sus pueblos.

Verdaderamente, la única y notable excepción a todas estas experiencias ha sido la de Irán. Allí el régimen del Sha armado hasta los dientes se desintegró al tiempo que su palacio de invierno fue asaltado y tomado por una multitud pacífica y desarmada que fue la punta de lanza de un profundo movimiento social. Sin embargo, el movimiento fue dirigido por el exiliado líder religioso fundamentalista Ayatollah Jomeini quien regresó triunfalmente y canalizó este movimiento social-religioso hacia la construcción de un Estado teocrático islámico Shiita. Renunció y denunció por igual al lucifer soviético comunista y al lucifer imperialista norteamericano y con enormes sacrificios de su población hizo una guerra de diez años contra sus vecinos islámicos Sunni de Irak (guerra que ambos países financiaron a través de la venta de petróleo en el mercado internacional).

De este modo, el fracaso de la economía socialista pero también de muchas economías capitalistas y mixtas está marcado sobre todo por su incapacidad para competir en el mercado internacional. Por supuesto que este siempre ha sido el caso ya que está dentro de la «naturaleza» de cualquier competencia en que debe haber sólo uno o unos pocos ganadores y muchos deben perder. Este proceso de selección funciona en gran medida al margen del «sistema» con el que se compete, el cual en el mejor de los casos es un factor que contribuye a la inevitable selección de ganadores y perdedores. Por lo tanto, el fracaso económico y la derrota del «socialismo» per se es relativa al éxito y también al fracaso del «capitalismo» para competir en el mismo mercado («capitalista») mundial. El reemplazo de un sistema por otro no garantiza que cualquiera de las economías compita entonces exitosamente ya que la mayoría continuará perdiendo la carrera.

El alejamiento del «socialismo» de las economías de la Europa oriental, su creciente mercadorización y su mayor integración a la competencia del mercado mundial se produce a continuación de su reciente fracaso y en un momento en que se agrava su propia debilidad económica. Por lo tanto, esto plantea grandes peligros económicos y políticos, ni qué decir de mayor fracaso económico, desilusión política popular y retroceso.

Es casi seguro que la crisis económica de la Europa del Este y de la Unión Soviética se profundizará aún más en el corto plazo. La crisis que se profundiza y la correspondiente mercadorización arrojarán como resultado mayor escasez, más desempleo, inflación desatada y el descalabro del Estado benefactor. Todo esto y particularmente lo último, tendrá un costo especial para las mujeres y los niños cuya carga, ya desproporcionada, se verá entonces aumentada aún más. En la Unión Soviética, Gorbachov fue mal aconsejado por Abel Abegayán para fomentar la perestroika y acelerar el crecimiento económico al mismo tiempo. El resultado ha sido un desastre económico y político porque la reestructuración temporalmente reduce el crecimiento en vez de aumentarlo y el intento simultáneo de acelerarlo perjudicó aún más la producción.

También en la Europa del Este la reestructuración significará una dislocación económica transitoria de diferentes grados y formas. Esta será absolutamente más grave en Polonia como también en el Sur y el Este de Yugoslavia y la Unión Soviética, las cuales tienen las más debilitadas economías. Rumania también se debilitó especialmente por la política de Ceaucescu de exportarlo todo para pagar la deuda. Dejar de exportar tanto alimento podría ofrecer un alivio temporal, alguna resurrección de la agricultura pero no de la industria. La perspectiva de Alemania Oriental

es de una inmediata Ausverkauf, entrega total a los alemanes occidentales quienes ya vienen aquí a comprar artículos de consumo subsidiados a tasas de 10 y 20 marcos orientales por cada marco occidental. No obstante Alemania oriental, que ha sido de facto un miembro sin voz de la Comunidad Económica a través de su acceso privilegiado al mercado germanoccidental, también tiene las perspectivas más inmediatas de plena integración en la CE. Sin embargo, el debilitamiento del Estado en Alemania del Este y su integración o confederación dependiente con el Estado de Alemania occidental dejará a los alemanes orientales con escaso poder de regateo político-económico en Alemania, la CE y Europa. Los poderes estatales checo y húngaro podrían ofrecer un poder de regateo más competitivo y más beneficioso para sus pueblos o a parte de éstos. En todas partes, no obstante, los primeros pasos hacia la integración productiva, es probable que sean la venta de los activos productivos de la Europa del Este a firmas de Europa occidental y de otras partes y a quienes en la Europa occidental misma tengan los medios para postularse exitosamente a la compra de los activos privatizados. Sólo algunos activos menores podrían operarse como cooperativas, que a fin de cuentas también son firmas que deberán competir en el mercado.

La gestión político-económica hacia la privatización y mercadorización ya sea «socialista» o «capitalista», que es producto de los movimientos sociales de la Europa del Este puede, en el mejor de los casos, reemplazar una polarización económico-social por otra. La corrupción y los privilegios basados en el gobierno del Partido Comunista podrán ser eliminados en gran medida, pero no del todo. La privatización y la mercadorización engendran más automáticamente aún otra polarización económico-social, la del ingreso y la condición como también la de los sexos, entre las clases, grupos étnicos y regiones. Una minoría flotará hacia la superficie en una marea al comienzo bajando y luego subiendo pero la mayoría se hundirá aún más bajo la superficie. Es posible que esta polarización se desplace tanto étnica como nacional e internacionalmente. Por lo tanto, exacerbará aún más las tensiones y conflictos étnicos y nacionales y los movimientos dentro y entre los Estados. Las regiones y pueblos que son ya privilegiadamente más competitivos es posible que mejoren su condición aún más, quizás a través de la integración con sus vecinos de Occidente y del Norte. Es probable que las minorías menoscabadas de estos países y las mayorías desmedradas de otras partes sean marginalizadas aún más. De este modo, el sueño de unirse a la Europa occidental tal vez se haga realidad sólo para unos pocos.

En el mejor de los casos, algunos sectores orientales podrían convertirse en una nueva Europa del Sur aún al costo de tener que competir con ésta, lo cual ha des-

pertado temores en esta parte. No obstante, muchos en la Europa oriental y quizás en sectores del sudeste de la Unión Soviética se enfrentan en cambio a la amenaza real de latinoamericanización que ya se ha abatido sobre Polonia. Los países de Europa oriental se enfrentan a la inflación nacional, devaluación y luego a la reforma monetaria quizás a través de un tratamiento de shock. Los costos sociales están asegurados, pero no así los éxitos económicos, como lo han demostrado recientemente los repetidos fracasos en Argentina y Brasil. En algunos casos, particularmente en la Unión Soviética, existe la grave amenaza de africanización o al menos la mediorientización en lo económico o la libanización en lo político. En el corto plazo, cualquier desmoronamiento del «segundo mundo» permitirá que algunos de sus miembros se sumen al «primer mundo» (capitalista) pero la mayoría quedará relegada al también capitalista «tercer mundo».

12. Por lo tanto, ¿Existirá otro socialismo en el futuro? ¿Cómo y en qué forma se hará efectivo? Problema planteado con frecuencia, al menos por algunos que se consideran socialistas si la Unión Soviética y la Europa del Este o cualquier otro lugar han sido realmente «socialistas» después de todo. Ya que su respuesta sería un atronador NO, también alegrarían que los antiguos errores y críticas al socialismo real - lo que finalmente dio lugar a las revoluciones de 1989 - no eran realmente al socialismo si no sólo al «estalinismo» o a otra aberración o impostura del «verdadero socialismo». La implicación ideológica de ese argumento es por supuesto que estos fracasos tampoco comprometen la verdadera causa socialista y que esto no obliga a los verdaderos socialistas a sufrir una angustiante revisión. Por lo tanto, los socialistas reales necesitan sólo insistir ahora más que nunca en sus propias críticas del (no)socialismo real para hacer la diferencia entre «nosotros los buenos» de «ellos los malos». La implicación «práctica» de esta «teoría» es que sin perjuicio de toda la experiencia habida, el verdadero socialismo está a la vuelta de la esquina o cuando mucho al final del camino.

Sin embargo, la practicidad real o aun la coherencia teórica de este argumento quizás bien intencionado, choca con toda la realidad socio-político-económica mundial. Para comenzar, si alguna vez hubo algún argumento que predicara a los ya (auto) convencidos, sería éste. Pero no podría convencer a aquellos que ya han experimentado el socialismo real, aunque se tratara en realidad del no-socialismo. Entre aquellos que ahora rechazan la mayor parte del anterior (no) socialismo real es posible que continúen rechazando cualquier potencial socialismo «real». En realidad, es probable que muchos de ellos pongan su fe más bien en la magia del mercado y algunos ¡ay! quizás, en políticas de ultraderecha. Por otra parte, aquellos que ahora pierdan los beneficios de la experiencia anterior sentirán la nostalgia de

los «viejos tiempos» de orden y estabilidad del antiguo régimen (no) socialista. Entre aquellos que tuvieron poco y que ahora también lo pierdan, recordarán sus modestos beneficios y pedirán un orden renovado, sino al viejo estilo comunista quizás entonces de un nuevo estilo «fascista». Solamente aquellos que recibieron mucho del viejo partido podrían ahora, bajo un nuevo estilo democrático-socialista tratar de conservar la mayor parte posible de ello. El argumento socialdemocrático tampoco le simpatizará a aquellos que nunca desearon experimentar ellos mismos o que otros en otras partes experimentaran el «socialismo» o «comunismo» del tipo que fuera. Por lo tanto, está totalmente fuera de la realidad pensar que el daño causado por la experiencia a la idea del socialismo, democrático o de cualquier clase, pueda sencillamente desterrarse haciendo profesión de última hora de nuestra propia pureza contrastándola con los antiguos pecados de otros.

En segundo lugar, sin perjuicio de la intención subjetiva anti-estalinista de este argumento, su consecuencia objetiva es la de aferrarse a la teoría estalinista del «socialismo en un sólo país» o en una comunidad aún más pequeña. Más allá de descartar en teoría y praxis el primer problema y aquel de la transición hacia este socialismo, este argumento choca con la misma realidad de tener que, en la práctica, competir de nuevo por el mundo. Así, su incapacidad para hacerlo fue el fracaso fundamental y posterior descomposición del «socialismo» estalinista o lo que fuera. Cualquier clase de socialismo, capitalismo, economía mixta economía política islámica o lo que sea que un pueblo decida «escoger» no podría escapar a esta competencia mundial la cual es un hecho de la vida real. La cooperación como una «alternativa» está muy bien, en la medida que sea más competitiva.

En tercer lugar, la (¿única?) interpretación alternativa al socialismo «real» sería el socialismo «mundial». Más allá de su irrealidad para cualquier futuro predecible es difícil imaginar qué podría significar alguna vez este «socialismo». ¿Qué distinguiría ese «socialismo mundial» del «capitalismo mundial» mientras se mantenga la competencia como un hecho de la vida real en el futuro del mundo como lo ha sido durante milenios en el pasado?

¿Y qué hay de la socialdemocracia o socialismo democrático? Hubo un momento en que los «socialistas» en Oriente y Occidente, incluyendo al mismo Mijail Gorbachov descubrieron y apreciaron con renovado interés la socialdemocracia como el desideratum, pues combina de la mejor manera el «socialismo» y la «democracia». Ellos, una vez más incluyendo a M. Gorbachov, miran hacia Suecia y a veces hacia Austria como el modelo para la Europa oriental y aun para la Unión Soviética. En el diseño de la arquitectura para la «Casa Común Europea» muchos socialistas y

socialdemócratas aportarían muchas influencias socialdemocráticas o democrático-socialistas y éstas también emanarían desde el Este hacia Occidente. De este modo, toda Europa sería otra Suecia con letras grandes. Tal como Gandhi contestó al preguntársele qué pensaba de la civilización europea, él dijo «sería una buena idea». Desgraciadamente estas buenas ideas no toman mucho en cuenta algunas de las duras realidades.

De este modo, aun descartando a la Unión Soviética, lo cual no tiene nada de realista, las perspectivas de una pronta suecidización de la Europa Oriental no se ven muy brillantes. Por lo contrario, costará mucho trabajo de parte de todos, incluyendo a la Europa occidental, los Estados Unidos y Japón para sentar algunas - en realidad más bien para proteger las actuales - bases (socialdemocráticas) para una democracia política y social en la Europa oriental. En el mejor de los casos resulta dudoso cuánto Plan Marshall de Europa/Alemania occidental se necesitaría para promover la democracia social en la Europa del Este. Tampoco es muy seguro que semejante empresa pudiera adelantar una democracia social más progresista y con menos políticas y partidos conservadores en el Occidente. Las inversiones en los buenos negocios (no en inversiones sociales no lucrativas) en el Este bien podrían significar una mayor polarización también en Occidente. En realidad, se podrían desarrollar «nuevos» movimientos sociales en el Este y el Oeste para reflejar y también para fomentar semejante y acelerada polarización.

De este modo, los «socialistas» están obligados por los porfiados hechos de la vida a repensar el «socialismo» si es que insisten en aferrarse del todo a su ideología «socialista». Nosotros no pretendemos hacerlo aquí y menos nosotros solos. Sin embargo, para ser realistas, cualquier socialismo que sea tendrá que tomar en cuenta no solo la competencia sino también reescribir las reglas del juego (competitivo) bajo las cuales éste se lleve a efecto. Las interrelaciones de sexo, clase, nación, étnica, religión, comunidad y todos los otros grupos de interés económico, político, social, cultural, ideológico, familiar o individual tendrían que tener nuevas expresiones sociales (movimientos) participativos, protección institucional y garantías de mutuo respeto a su expresión democrática para la resolución pacífica de sus conflictos de interés más allá de cualquier forma conocida en el mundo hasta ahora. Hablando en términos realistas, las perspectivas para cualquier «socialismo democrático» o no en el mundo en general son todavía débiles. En realidad, todo indica que las cosas empeorarán y tendrán que empeorar antes que empiecen a mejorar. No obstante, las cosas podrían empeorar tanto y tan rápidamente que la humanidad podría enfrentarse a una crisis común económico-ecológica y/o político-militar y por lo tanto socio-cultural de tan alarmantes proporciones y de amenaza ab-

soluta de extinción o supervivencia que finalmente nos tendremos que sensibilizar para unirnos definitivamente.

* El autor agradece a Michael Ellman sus muy útiles comentarios sobre el primer borrador, especialmente sobre economía e historia y a Marta Fuentes sobre economía y movimientos sociales. Texto publicado en *Economic and Political Weekly*, 3 de febrero, 1990.

Traducción del inglés por Sergio R. Anacona.

Referencias

- *Amin, Samir; Arrighi, Giovanni; Frank, André Gunder; Wallerstein, Immanuel, TRANSFORMANDO LA REVOLUCION: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL SISTEMA MUNDIAL. - Nueva York, Monthly Review Press. 1990; Amin, Samir -- Los movimientos sociales en la reciente historia mundial.
- *Frank, André Gunder, EL DESAFIO EUROPEO: DE LA ALIANZA ATLANTICA A LA ENTENTE PAN-EUROPEA POR LA PAZ Y EL TRABAJO. - Nottingham, Reino Unido, Spokesman Books. 1983; Nueva tesis sobre movimientos.
- *Frank, André Gunder, EL DESAFIO EUROPEO: DE LA ALIANZA ATLANTICA A LA ENTENTE PAN-EUROPEA POR LA PAZ Y EL TRABAJO. - Connecticut, Lawrence Hill Westport. 1984; Diez tesis sobre movimientos sociales.
- *Frank, André Gunder; Fuentes, Marta, TRANSFORMANDO LA REVOLUCION: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL SISTEMA MUNDIAL. - Nueva York, Monthly Review Press. 1990;
- *Fuentes, Marta; Frank, André Gunder, ECONOMIC AND POLITICAL WEEKLY. - 1987;
- *Fuentes, Marta; Frank, André Gunder, WORLD DEVELOPMENT. XVII - 1989.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.